

Colores cargados de Historia

Miguel Ángel del Arco Blanco

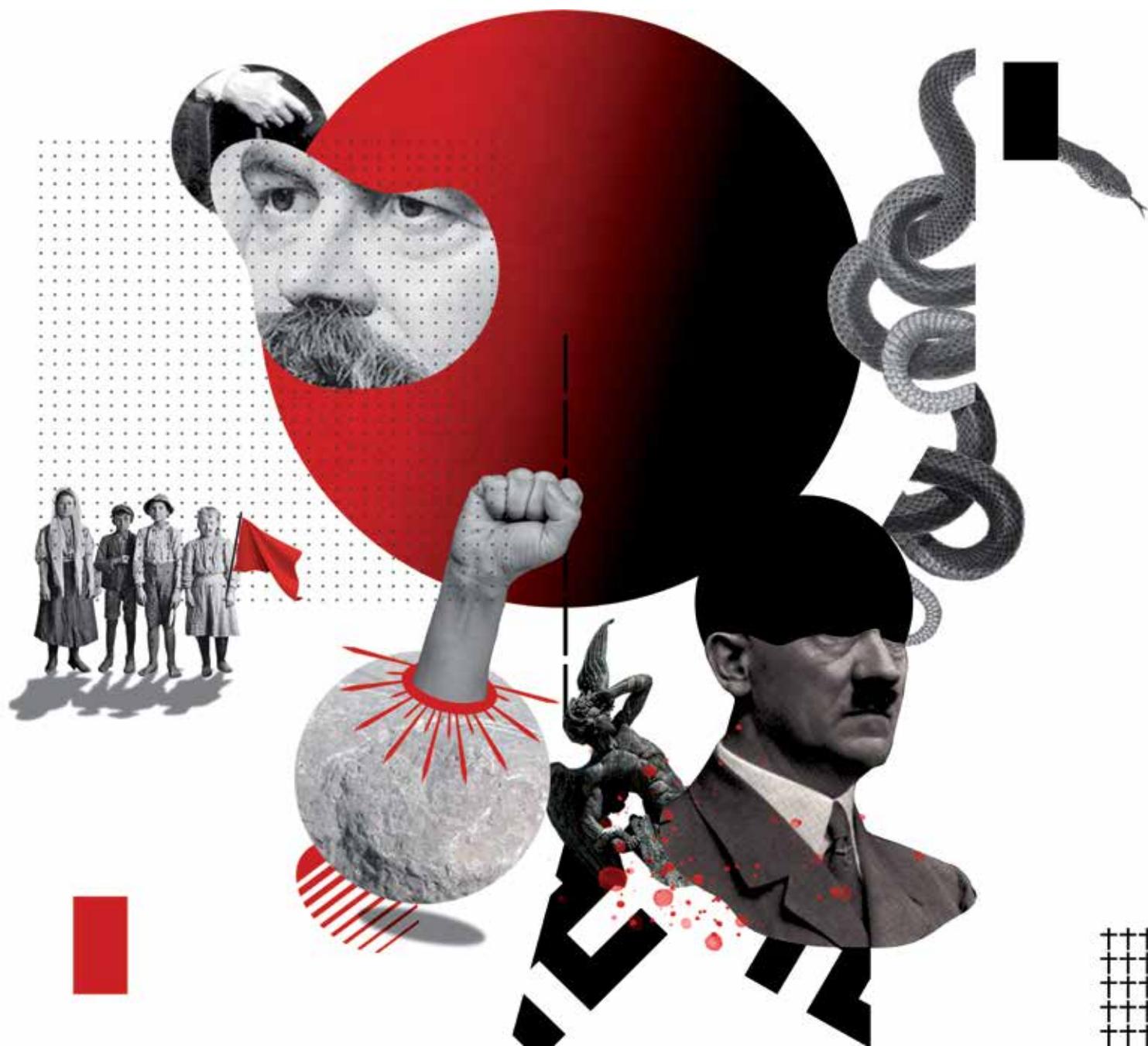
La tintura sobre banderas y atuendos ha señalado el histórico devenir del tiempo. El rojo del dios de la guerra, Marte, se convertirá en el icono de las revoluciones obreras del XIX y, sobre todo, del marxismo. Como reacción, el fascismo hallará en el negro un reclamo para la violencia. El arcoíris se abrirá paso en las postrimerías del convulso siglo XX.

Tiempo y espacio parecen ser los ejes que articulan las vidas de hombres y mujeres, donde tienen lugar los procesos históricos que han marcado nuestro devenir, lo que somos y lo que el mundo es. Pero dentro de esas coordenadas, los seres humanos actúan, piensan, dialogan, cimentan, destruyen... construyen la Historia. Mas lo que conocemos como la Historia no es una película en blanco y negro. Está llena de sonidos, de olores, de gritos, de lamentos... y de colores.

Los colores han sido parte consustancial de todas las civilizaciones. Desde que los seres humanos comenzaron a caminar erguidos, empezaron a emplearlos en las pinturas rupestres para adornar las cuevas paleolíticas desde la abstracción mental. Más tarde aprendimos las técnicas para teñir las ropas de un color especial. Durante la Antigüedad, algunos tonos se convirtieron en símbolos de prestigio y distinción: en Roma, el rojo se asociaba con el dios de la guerra, Marte, simbolizando victoria y

reputación. También en el medievo el color fue símbolo de poder. La iconografía de la "reconquista" reproduce una y otra vez la figura del apóstol Santiago a lomos de un caballo blanco, ensalzando la pureza de su fe frente a los impíos musulmanes. Por el contrario, al otro lado de la frontera, al-Andalus, y en el mundo islámico en general, el verde fue el denominador común para representar desde antaño al Islam; considerado el color preferido del profeta Mahoma, el propio Corán advertía de que el

Sofía Fernández Carrera



paraíso estaba poblado por gente ataviada con la mejor seda verde. Un color, al fin y al cabo, combinado con otras tonalidades legitimadoras de autoridad, como el blanco, símbolo de los Omeyas, o el rojo, que almagró los signos de poder de los Nazaríes de Granada.

La llegada del mundo contemporáneo trajo cambios en el mundo del color: los avances propios de la revolución industrial permitieron fabricar tonalidades concretas de color, como apuntase Michel Pastoureau. Pero en el terreno de la Historia ocurre otra innovación: el pueblo entra en escena. La era de las revoluciones acaecidas entre finales del siglo XVIII y todo el XIX en el mundo occidental, quebró por completo la sociedad estamental del Antiguo Régimen. Se atendió entonces al individuo, sus libertades, sus propiedades y sus derechos, pero siempre dentro de algo mayor a lo que pertenecía y se debía: la nación.

El nacionalismo supuso la eclosión de una simbología patriótica en la que el color siempre estaba presente. La más célebre, ondeante hoy día con vigor, la constituyen las banderas. Como escribiría Benedict Anderson, las comunidades nacionales inventan lo que son también en sus símbolos. Así, algunas naciones occidentales justifican los colores de su bandera en función tanto de la historia que supuestamente las adorna como de los estereotipos que otorgan a sus ciudadanos. Así, la de España identifica el rojo con la sangre derramada y la entrega de los “hijos” de la patria, y el gualda, con el oro y las riquezas obtenidas en las conquistas. Surgida en 1785 durante el reinado de Carlos III para los buques de la marina, durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) fue empleada por los españoles que lucharon contra el invasor francés.

Más allá de banderas, dos colores han marcado sendas ideologías contrapuestas del siglo XX, la centuria de las catástrofes: el rojo y el negro.

El rojo se identificó desde muy pronto con las clases populares. En las barricadas de las revoluciones europeas de 1848, donde ya estaba presente la clase obrera, ondearon banderas granas. Entonces, Karl Marx señaló la traición de la burguesía a la clase obrera, apostando por soluciones de orden. Simbólicamente, el cuadro de Philippeaux lo evidenciaba al optar por unos colores: Lamartine, representante de la burguesía y nuevo presidente del gobierno, aparece representado frente al ayuntamiento de París rechazando la bandera roja y aclamando en su lugar a la tricolor de Francia para la recién nacida y efímera II República (1848-1852). Para él, el rojo era símbolo de sangre y anarquía, frente

al orden y el “progreso” que proponía el nuevo régimen burgués. Atendiendo a esto, no es raro que la mítica comuna de París de 1871 supusiese un resurgimiento de la bandera roja, que fue repuesta en el ayuntamiento de la capital por los obreros que tomaron el poder. Simbolizaba el cambio, la revolución, la aspiración al nacimiento de un nuevo mundo. Marx lo dejó escrito en su obra *La Guerra Civil en Francia* (1871): “El viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville”.

Aquella frustrada comuna se convirtió en un “acontecimiento” que marcaría la historia y el pensamiento de la izquierda, como escribiría Alain Badiou. El color rojo de su bandera pasó a ser el color de los obreros del mundo. Aparecía en protestas, huelgas y manifestaciones de todos los países. Y por supuesto, fue enarbolada por los bolcheviques durante la revolución rusa de 1917. En el golpe de la noche del 25 de octubre, estos hicieron ondear la bandera roja sobre el Palacio de Invierno de San Petersburgo mientras arrestaban al gobierno provisional. Este tono se convirtió en símbolo de la revolución: las multitudes se bañaban en ese color y la propaganda soviética no cesaba de recurrir a él, al igual que llenaba la iconografía exaltadora de Lenin o de su sucesor Stalin, identificando con él una revolución que había dejado de serlo, convertida en un estado donde el control social y la represión enterraban los antiguos sueños de emancipación. Desde 1922 la bandera roja, adornada con la hoz y el martillo como símbolos de la unión de los campesinos con los obreros, se convirtió en la enseña oficial de la URSS. El rojo fue también símbolo de resistencia frente al nazismo y el fascismo durante la II Guerra Mundial (1939-1945). Tras ésta, irrumpió en las banderas de las nuevas dictaduras del “socialismo real” que brotaron en Europa oriental bajo la influencia soviética. También lo haría en la China de la revolución popular de 1949. Sin embargo, el carácter dictatorial de los regímenes comunistas y la dinámica de la Guerra Fría diluyó el componente revolucionario del rojo. Las transiciones a la democracia tras la caída del muro de Berlín (1989) supusieron la desaparición de muchas de ellas. Hoy, en las movilizaciones sociales la práctica inexistencia del rojo evidencia la pérdida de contenido de un color que, un día, implicó querer transformar el mundo.

Como respuesta a la amenaza de la revolución, pero también de la democracia y la modernidad, surgiría tras la I Guerra Mundial (1914-1918) un movimiento sin el cual no es posible comprender el siglo XX, y puede que tampoco el XXI: el fascismo. Muchos fueron sus colores, pues los diversos partidos fascistas tomaron

el negro (Italia, Gran Bretaña), el pardo (Alemania), el azul (España, Portugal) o el verde (Rumanía) para tinter sus camisas. Pero sin duda ha sido el negro, propio del fascismo italiano, el que más ha trascendido. El negro suponía una auténtica inversión en el simbolismo cromático. De hecho, se ha aducido que representaba la muerte. Algo consecuente con uno de los elementos definitorios del fascismo: la violencia. Ésta era un instrumento creador con el que se destruiría a los enemigos de la patria, regenerando la comunidad nacional y construyendo un “hombre nuevo”. Parece que el negro fue empleado primero por los *arditi*, soldados de asalto del ejército italiano durante la I Guerra Mundial, y fue sugerido por Gabrielle D'Annunzio, el poeta que comandó la toma de Fiume con grupos de voluntarios en 1919. Mussolini lo adoptó para los *Fasci di Combattimento* nacidos en Milán en marzo de 1919 y posteriormente para el Partido Nacional Fascista (1921). Después de la derrota del Eje en la II Guerra Mundial y el conocimiento de los crímenes de los nazis y de los diversos regímenes fascistas, no es extraño que este color desapareciese del simbolismo político del mundo occidental de postguerra, construido sobre la memoria del antifascismo como ha señalado Dan Stone.

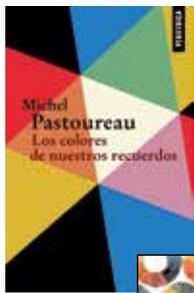
En la segunda mitad del siglo XX apareció no ya un color, sino una paleta de colores, que rompió con el mundo monocromático de preguerra: los tonos del arcoíris. Se integraban así todos los colores producto del reflejo de la luz blanca (rojo, naranja, amarillo, verde, azul y violeta), como descubriese Newton. Se simbolizaban todos los colores, todas las particularidades que se escondían en la realidad del mundo. Era una exaltación de la totalidad, de lo común, a través de lo individual, de sus peculiaridades. El arcoíris fue propio de los nuevos movimientos sociales surgidos en los años sesenta, como el pacifismo, el ecologismo o, ya en los setenta, el movimiento LGTB. La adopción del mismo quizá respondió a la intolerancia desvelada del fascismo y del comunismo, pero también como reacción al bipolarismo de la Guerra Fría.

Todos los colores, como los hombres y las mujeres, tienen su historia. Están traspasados por acontecimientos que los han llenado de sentido y de simbolismo. Hoy día, en el siglo XXI de la globalización y de la revolución tecnológica, es de esperar que sigan jugando un papel en la creación de identidades y en la generación de actitudes. Mientras tanto, bien está tener en cuenta el pasado para conocer (y aprender) de lo que han sido y los matices de los que los ha dotado la Historia.

ENSAYOS 1

Sobre el color se ha escrito mucho, acaso por la complejidad de explicar un fenómeno que fascina demasiado como para aplicarle una mirada objetiva. Aunque fechado en 1810, aún hoy entre los tratados más influyentes se encuentra el de Goethe, publicado en 2019 por Gustavo Gili bajo el título *Teoría de los colores: las láminas comentadas*.

Para el romántico alemán, los colores perviven latentes en la oscuridad y son solo distintos



grados de la misma. Una teoría muy impopular entre la comunidad científica de la época, pero recibida con elogios por artistas tan dispares como Turner o Kandinsky. Lo que logró Goethe, con su enfoque poético, fue otorgar contenido emocional a cada color.

Esa visión que parte de lo personal para abarcar todo el espectro es la que aplica Michel Pastoureau en *Los colores de nuestros recuerdos* (Periférica, 2017), Premio Médicis de Ensayo. El historiador especialista en iconografía medieval cifra estas memorias del color en el significado de los objetos cotidianos.

Todo recuerdo cromático es valioso para Pastoureau, desde la indumentaria (su obesidad y los colores que *adelgazan*) a las artes (fue asesor en el *Perceval* de Rohmer y *El nombre de la rosa* de Annaud). A fin de cuentas, en la percepción del color hay tanto de construcción cultural como de experiencia subjetiva.

HIJOS del COLOR

Nuestra memoria del color se gesta desde muy pequeños. Un estudio de la Universidad de Sussex concluye que los bebés no ven en blanco y negro, como se pensaba, sino que ya aprecian tonos llamativos con apenas dos meses. Por eso cabe recomendar una visita a la exposición *Colorín colorado* en TEA Tenerife Espacio de las Artes.

A través de trece obras de su colección, conocemos el uso de los colores y cuestiones como la invención de la pintura al óleo o el origen del rojo carmesí en la cochinilla. Stipo Pranyko, Pilar Cossío, Rinaldo Paluzzi o Malakeh Nayini son algunos de los artistas reunidos en este itinerario adaptado para su dis-

PENAS azULES

Que los colores simbolizan estados anímicos lo sabemos por la historia de la música. El *blues*, por ejemplo, se asocia en inglés al color azul y a la tristeza. Hay muchas leyendas en torno a su origen etimológico, entre otras las que lo vinculan a las expresiones *blue devils* (diablos azules: la melancolía y la depresión) y *beaten, black and blues*, que decían los esclavos afroamericanos en las plantaciones cuando los apaleaban.



Año NEGRO

Si tuviéramos que elegir un color para este 2020, sin duda sería el negro: no solo por lo “infeliz, infausto y desventurado” del mundo pandémico, sino sobre todo por la explosión del movimiento *Black Lives Matter* a raíz de la muerte de George Floyd, a la luz del cual recuperamos obras recientes que reflejan un racismo sistémico e institucionalizado.

La anglonigeriana Bernardine Evaristo hizo historia ganando el Premio Booker con su novela *Niña, mujer, otras* (Alianza, 2020), en la que teje el relato de doce mujeres negras en el Reino Unido del siglo pasado. Un libro oportuno cuya prosa poética se ha visto amplificada por el contexto actual y que sigue el

CON



frute desde edades tempranas.

“Un milagro cuando los colores se convierten en hijos”, escribió



el poeta Pedro Casariego Córdoba (1955-1993), quien cuatro años antes de lanzarse a las vías del tren había empezado a pintar. Como sus escritos, sus coloridos cuadros eran fruto de fogonazos creativos, quizá por eso no les dio mayor importancia y los vendió en un piso de Madrid.

Ya entonces habían visto la luz sus *Cuadernos Amarillo, Rojo, Verde y Azul*, en los que arrancaba esa transición de lo textual a lo pictórico. PCC escribió y sintió en colores (“todas mis células, huesos y cartílagos trabajan violentamente, como obreros azules”, diría), pues las palabras son tonos del alma.

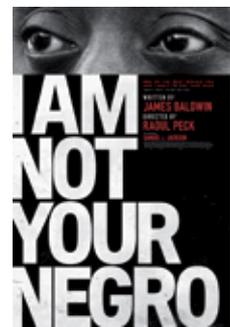
Lo que está claro es que este género pone banda sonora al dolor. Un *quejío* –como el del flamenco, también de probable origen africano– que fusionó las canciones de trabajo y los espirituales negros para crear uno de los estilos fundamentales de la música popular. “That melancholy strain, that ever haunting refrain / Is like a sweet old sorrow song”, cantaba W. C. Handy en la seminal *Memphis Blues* (1912).

Con esa canción se empieza a escribir un estilo del que fueron padres artistas sureños y rurales como Bessie Smith, John Lee Hooker, Blind Lemon Jefferson y Memphis Minnie. Sus descendientes son incontables en todas las músicas derivadas, empezando por el *rock and roll*.

Esas voces nos legaron la historia del *blues*. La historia de quienes alguna vez nos hemos sentido tristes, añiles. De quienes más han sufrido, porque como afirmó B.B. King, “tocar *blues* es como tener que ser negro dos veces”.

camino ya emprendido por autoras como Zadie Smith (*Dientes blancos*) o Chimamanda Ngozi Adichie (*Americanah*), muy citadas en los mensajes críticos de BLM.

No menos esclarecedor, y al mismo tiempo amargo, resulta el documental *I am not your negro* (2016), de Raoul Peck. Este título nominado al Oscar



recrea la obra del escritor y activista por los derechos civiles afroamericanos James Baldwin, testigo del asesinato de Martin Luther King Jr., Medgar Evers y Malcolm X. La historia se repite hasta la saciedad y el color de la piel, funestamente, sigue importando.

JOT DOWN